



REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

→ **SUMARIO** ←

- CARLOS MIRANDA**
De parranda.
- PEDRO DE RÉPIDE**
Una fábrica de Papas.
- ANTONIO CORTÓN**
«Colombine» y mis recuerdos.
- JOAQUÍN DICENTA**
Regular.
- EL CONFESONARIO**
Artículos de CANDELARIA MEDINA
y VICENTE PASTOR
- FRANCISCO GÓMEZ-HIDALGO**
Un elogio de Candelaria.
- MODESTITO**
Un comentario.
- ANTONIO DE LEZAMA**
¡No era su marido!
- RAFAEL LÓPEZ DE HARO**
Partes de la mujer.
- SANTIAGO ARIMÓN**
La pornografía en Barcelona.
- UN PEQUEÑO REPORTER**
¡Abajo los pantalones!
- JESÚS LUENGO**
Pasional.
- E. RAMIREZ ANGEL**
Un «Club de Terribles» (folletín).
- TOVAR, CYRANO Y ALFONSO**
Retratos y caricaturas de Candelaria Medina, Resurrección Quijano, Lolita Castro, Répide, Vicente Pastor.
«Postales de don Escartín», etc.

**RESURRECCIÓN QUIJANO**

Hermosa y sugestiva «chanteuse».

5 cénts.



A pasó el mes de María: bienaventurado mes de las flores «á porfia», de las fresas, de los espárragos... ¡y de mi tía!

.....
 Mi tía es una señora que reside en Villarcayo con mi prima Salvadora;

peso en el equipaje; pero ella cree que, con eso de darme anualmente el queso, me ha pagado su hospedaje.

Come más que la pantera de Java.

Yo la mantengo como si fuera una fiera «corrupia».

Y además tengo que llevarla á la Pradera, y á que vea «varietés» en los cines, y al teatro, y al circo y á los cafés...

Y así, me sale por tres duros al día (ó por cuatro)...

Y no cuento las pesetas que se me come en rosquillas, igual tontas que discretas; y en percebes, y en quisquillas, y en raciones de chuletas de corderos allá en los Cuatro Caminos ó en Amaniel...

De modo y forma que, entre el presupuesto del teatro y «su» cuenta del hotel (porque á la dichosa vieja no le place vivir con-migo, sino en una fon-da), cuando se va... ¡me deja como el gallo de Morón!

No es, por mi mala fortuna, en sus exigencias parva (que no me pide la Luna, por milagro); en fin, es una tía con toda la barba...

¿Que por qué me quejo ahora, y no antes?... ¡Porque soy el marido de Salvadora, y estoy, por esposo infiel, á matar con mi señora!

¡Ah! Si no fuera por eso, no fuera yo tan camueso como lo soy...

¡¡Cualquier día le dejaba yo á esa tía que viniera á darme el queso!!...

.....
NUESTRAS COCOTAS



LOLITA CASTRO

.....
 pero, en cuanto llega Mayo, se viene conmigo.

Ahora la acabo de despedir en la estación y, al partir, se fué llorando de pena igual que una Magdalena... pero sin arrepentir.

Como sabe mi afición (no lo puedo remediar) al queso de Villalón, me trae siempre un ejemplar del tamaño de un melón.

Lo cual no es más que un exceso... de

Carlos Miranda

EL FABRICANTE DE PAPAS

PRESENTA este título cierta anfibología.

Puede tratarse de un hombre que frie ó guisa patatas. Puede creerse que se trata de cualquier autor de los más aplaudidos en esos escenarios de Dios. Pero á quien se refiere verdaderamente es á un individuo que se dedicaba á cierta industria bastante original.

¡Hay tantas industrias en la vida! Yo, desde que sé que existe quien expende patentes de poeta, para uso en provincias, á cinco pesetas un mes con otro, creo ya que se puede sacar dinero de cualquier cosa. ¡Con decir que en este país vive, á título de literato, el señor Jurado de la Parra!

Pues el fabricante á que el título se refiere, era un hombre que andaba por las calles de Roma pregonando su habilidad y haciendo estragos en el corazón y en otras partes sensibles de las señoras de la Ciudad Eterna.

—¡Se hacen Papas, se hacen Papas y cardenales!

Claro que esto último ofrece también su anfibología; pero las romanas caprichosas sabían que se refería no á unos briosos puñetazos, sino á la fabricación de individuos del Sacro Colegio. Y á tal pregón,

una joven del lado acá del Tiber no pudo por menos de llamar al voceador para enterarse del procedimiento.

—¡Eh, buen hombre, venga usted acá!

—Allá voy, parroquiana.

—¿Conque usted es el que hace Papas?

—Sí, señora; unos Papas preciosos y por poco dinero— contestó el aludido, haciendo su artículo—. ¿Quiere usted un Benedicto ó prefiere usted un Gregorio? Inocencios, no me queda ninguno. Tengo un Clemente muy barato; Juanes, ya no se estiman; Leones, son muy fieros; Pios, resultan ordinarios... Y si no quiere usted gastar mucho, mire usted qué modelo de cardenal tan mono.

La romana se corrió inmediatamente sólo de pensar que iba á tener en casa un cardenalito tan coloradito y tan rico. Entraron la señora y el fabricante en un aposento de los más reservados, y

tan satisfecha debió quedar, que cuando el hacedor de Pontífices y purpurados la hizo saber el precio de diez escudos por su trabajo, ella no pudo por menos de decirle mientras le ponía veinte escudos en la mano:

—Toma el doble y hazme otro cardenal. Quiero tener una pareja.

Pedro de Répide



PEDRO DE RÉPIDE

Mientras le llega el momento de entrar en la Academia, ahí le tienen ustedes entreteniéndolo sus horas de «terrible» en el escenario del Teatro Nuevo.

«Colombine,, y mis recuerdos

HUYENDO del confesonario generoso y discreto de LA HOJA DE PARRA, la hermosa y traviesa «Colombine», en vez de confesarse ella, quiere confesar al confesor. Y ved la calumnia que me suelta desde sus «Femeninas» del *Heraldo*:

«Muchas infelices chicuelas toman la pluma para hacerse su reclamo y buscar marido, por lo menos.

»Pero está visto que los señores hombres se han propuesto no dejar á estas infelices tranquilas. Parece que rivalizan con ellas.

»Otros ya no van contra la clase de escritoras, sin duda porque guardan buenos recuerdos de ellas, como le sucede á mi ilustre amigo Antonio Cortón; pero van contra todo el sexo.»

¡Ir contra el sexo yo! Alguna vez, en mi

enamorada juventud, imitando á la inversa á aquel emperador que lamentaba un día que el pueblo romano no tuviese una cabeza sola para degollarlo de una vez, lamenté que las hembras de mi tiempo, pobres viejecitas hoy, no se convirtiesen de milagro en sólo una forma femenina. Ni para bien ni para mal, recuerdo á ninguna literata. Siempre he pensado —y «Colombine» lo oyó de mi labio alguna vez— que toda mujer que discursa, ó que «canta», ó que escribe, por naturaleza es incapaz de sentir el amor.

Pero las otras, las «vulgares», las exquisitas, hacendosas y sabias «menagères», ¡cómo aman y qué bien! Esas «chicuelas infelices» que toman la pluma —y á las que Carmen toma el pelo— para hacerse un reclamo y buscar un marido, «por lo menos», —buscar «por lo más» sería un



OTRA DE LAS ARTÍSTICAS POSTALES QUE LLEVÓ AL SENADO DON ESCARTÍN.
Biblioteca Regional de Madrid

pecado que yo no absolvería— ¿qué pueden probar sino lo mismo que yo estoy predicando? Que el arte y la literatura, como la economía política y la abolición de los Consumos, conducen al amor, y que el amor es lo único serio de este mundo.

¡Es verosímil, cielo santo, que una mujer ridiculice á otras mujeres que ambicionan casarse por la Iglesia, como lo manda Dios! El amor de verdad, el amor serio, está en el matrimonio. Digalo, si no, don Escartín, que apenas salió del cascarón quiso «tomar estado», y yo he leído cartas suyas, prosaicas y solemnes, haciendo el amor para casarse con todos los requisitos.

Hacen bien las mujeres que toman la pluma en tomar un marido. ¿Cuál sería, vive Dios, la condición de las mujeres si el amor no existiese y no triunfase sobre la faz del mundo? Estarían desarmadas. Y como el hombre es el más fuerte y es, de suyo, despótico, la suerte de la infeliz mujer sería bien pronto comparable á la de la hembra en los países donde se ignora la psicología. En esos países, no existe diferencia entre ella y la burra. El árabe ó el negro montan sobre su asno, y la mujer lleva los fardos, con buen compás de pies.

Seres tan primitivos creen que es natural y lógico el proceder así, ya que son los más fuertes. Nosotros, acaso y sin acaso, haríamos lo mismo, si entre nosotros el amor no restableciese el equilibrio.

Precisamente en pro del sexo pagado esta doctrina. Si las «chicue-las» á que alude cruelmente «Colombine» —¿y qué hacen, Dios mío, que no la arañan?— encuentran por la literatura y «por lo menos» un marido, será quizás la única vez en que la literatura habrá servido para algo.

REGULAR

Marchaba con su hijo en brazos; llegó de nosotros cerca y tú esquivaste el saludo y volviste la cabeza.

—¿No la saludas?—te dije.

—¿Quién? ¿yo? ¿Yo saludar á ésa?

—¿Pues no ves que lleva un hijo en los brazos, y es soltera?



—¿Qué alegría saludarla!...
¿Qué ventura conocerla!
¿Cuéntome entre sus amigas más cordiales y sinceras!...



—Aquí quisiera yo á don Escartín. ¡Se iba á ver negro!

—¿A ésta saludas afable tú que despreciaste aquélla?

—Es claro. Entre la una y la otra existe gran diferencia.

Esta engaña á su marido; pero está casada en regla.



El Confesonario

CANDELARIA MEDINA

Sí, señores... Habrá bastado á ustedes, los que no lo supieran, contemplar y... —¿por qué no un poco de franqueza, si es verdad, y la verdad se pide al confesarse? —contemplar y admirar mi

palmito para «enterarse» de que soy malagueña, nacida en el bendito barrio del Perchel...

Allí abrí los ojos á la vida, y más tarde en Sevilla, ha siete años, cuando yo era todavía una chiquilla, volvieron á separarse mis pestañas para mirar al Arte. Y empecé á trabajar y á luchar y á vivir...

Tengo, sí, ya lo creo, tengo, gracias á Dios, admiradores á montones. Unos que sienten hacia mí una admiración platónica y se conforman los pobrecitos, y hacen bien, muy requetebién, con aplaudirme desde las butacas. Otros... Pero no «divaguemos», como dicen en las novelas por entregas. Todos, todos me parecen iguales, y vienen á decir lo mismo cuando piden alguna tontería.

«¿Malos? ¿Buenos? ¡Y yo qué sé! Algunas opinan que son malos y que no debía haber ni uno solo. A mí, la verdad, me parece ese juicio un poquito severo. Porque vamos á ver ¿no somos peores las mujeres?»

Nosotras nos lamentamos de que son falsos, egoistas, desagradecidos y sobre todo infieles.

¡Infieles! Quisiera yo ver frente al artículo de una mujer llorando infidelidades de los hombres, otro de un hombre «haciendo exposición» de las infidelidades de las mujeres... ¡Bonitas saldríamos del *pendant*!

Decididamente yo voto por los hombres. Salvo excepciones, que las hay, ¡ya lo creo!, «entiendo», como diría D. Dalmacio, uno de mis admiradores más entusiastas de Barcelona, «entiendo» que los hombres son buenos... para las mujeres. Un hombre, por lo general, no se enamora «de verdad» nada



CANDELARIA MEDINA

más que una vez. Una mujer, «de verdad» y todo, se puede enamorar hasta cinco ó seis... Los hombres tardan más en enamorarse que nosotras y se enamoran «de repente», es verdad; pero tardan más en olvidar, y váyase lo uno por lo otro.

...Y ahora, después de estas «declaraciones», vamos á mis gustos. ¿Morenos? ¿Rubios? Todos los hombres me gustan por el hecho de serlo; todos... menos los empresarios.

Y claro está, los serios y los émulos de Matusalén. ¡Oh, los viejos! ¡Me dan un asco los «infames»! Y para mi desdicha, siempre que salgo á escena, lo primero que veo son calvas relucientes que se agitan y se revuelven, pidiéndome que me «desabrigue».

Yo creo que mi antipatía hacia los ancianos proviene de eso. Porque, bromas aparte, soy una muchacha muy recatadita, y les juro á ustedes que no me gusta la sicalipsis, ni tanto así. Está bien que una baile y cante picarescamente; pero bien administrada esta picardía. Otras cosas que se hacen por ahí, ni son Arte, ni merecen verse, ni nada...

Yo sufro ante ciertos «espectáculos» y me apeno y rabio cuando esos viejecitos que he citado y algunos jóvenes de gustos tan estragados como ellos, me piden eso, que no es lo mío. En Madrid, mi público, ese público entre el que me hice, lo sabe bien y no me da nunca ocasión para que me disguste. ¡Dios se lo pague, como yo se lo pago queriéndole mucho, como sé querer!...

Pero... Noto que me he puesto una «mijita» sería como me sucede siempre que «divago». Y es que yo confundí el camino; que mejor que artista, hubiera sido una buena madre de familia; que mejor que á ir por ahí de ciudad en ciudad, y de escenario en escenario, me hubiera acostumbrado á cuidar de mi casa y de mis pequeñuelos, si llegaba á casarme y Dios me los daba.

¡Quién sabe, quién sabe!... Tengo mis esperanzas todavía, y no las fundo en nada tan imposible como ser rica, porque no soy avariciosa, ni me importa el dinero un ochavo. Ahora, que si algún día me decido á tomar estado, mis dudas van á estar en eso de si soy ó no soy la «única», la del primer amor «de verdad»...

¡Ah! Y que conste que este artículo bien ó mal, como esté, le escribí yo, porque no tengo «amigo» que me le escriba.

UN ELOGIO DE CANDELARIA



CANDELARIA Medina está en Madrid. De tiempo en tiempo esta gitana malagueña, gentil y «brava» como aquel arquetipo de la raza que llamó «Carmen», Merimée, desaparece y torna luego, cada vez más hermosa y más salada.

Desde el esplendor de Actualidades con Amalia Molina, la Fornarina y Candelaria, el género ha dado muchas vueltas y el Arte se envileció y dejó de serlo, ante los ademanos sucios de Pepita Sevilla y la Solsona y crepúsculos mal olientes como las Argentinas. De aquel tumulto artístico y picaresco del tablado, no hay sino lo que hubo, á vuelta de unos años de salir «estrellas» y de realizar «pruebas» y más «pruebas» uno y otro día: la Fornarina, Amalia Molina y Candelaria.

Pero Candelaria es más que todas, y sobre todas, artista sin énfasis y sin «adulterio». Palpita en ella el arte como en nadie, y como nadie lleva en su exaltación de macarena el cetro del «couplé» español.

Porque Candelaria, cuando sale á escena, no arranca los aplausos enseñando un pecho, como la Chelito, ó dando resoplidos y gritando, como la Aretina. Ni «juega» tampoco sus caderas, ni encabrita su silueta fina, ni tiene que soltar su pelo negro y «fiero», ni que extender sus brazos «invitando», ni que simular ciertos espasmos con sus ojos grandes y gitanos... Está sobre las tablas «suelta» como en casa, y canta como habla entre molines pícaros y bellos. Su situeta alta, gentil y cimbreante, se agita con ademán artístico y perfecto, sin retorcerse entre «tumultos» para hacer que la falda se ciña al cuerpo como la camisa. Es la artista «artística», sencilla y vibradora. Es española.

¡Malagueña gitana, reina del «couplé»,

eres fina y eres alta
como junco de ribera...!

Llego á «quererte» reina entre las mujeres... Pero tus «declaraciones» me entristecen, como á cualquiera de esos viejos calvos que á ti te «enfadan».

Candelaria Medina

F. Gómez-Hidalgo

VICENTE PASTOR



ME hace gracia esto de que se me tome por escritor, y á cada tres por dos ¡zás!, á coger la peñola y á planarla. En lo que va de año he escrito, que yo sepa, una «barbaridad» de cuartillas para *El Cuento Semanal*; unas «declaraciones»

para el *Heraldo*, esto para la HOJA DE PARRA, y otros dos ó tres artículos (!) para periódicos taurinos. Me parece que no he perdido el tiempo, ¿eh?

A mí, la verdad, no me parece bien esto. Es como si yo dijera á «Don Modesto» ó á «Modestito»: «Don Pepe ó don Eduardo, ¿me quieren ustedes hacer el favor de despachar este animalito?», y fuera y les colocase frente á un miura, y les hiciese entrega muy solemne del estoque y la muleta.

¿Qué dirían ellos? Lo menos: «¡Cuèrnos!» Pues eso mismo digo yo; que me dejen en paz y en gracia de Dios con los cuèrnos. Porque lo más gracioso es que hasta hace poco apenas si he sabido firmar, ya que desde muy pequeño me pusieron á trabajar, y no pude aprender en la edad en que más fácilmente «entran» estas cosas... Menos mal que ahora tengo tiempo, y leo y escribo mucho para llegar á saber más que el Sr. Sánchez Neira.

Pero vamos al objeto de la presente, y aquí de mis recursos de escritor. ¡Porque no, se hagan ustedes ilusiones, yo no he hecho nunca ninguna conquista que valga la pena de contarse!

Tan es así, que yo, que gracias á Dios, no he sabido nunca lo que es la envidia,

he sentido «una miajita» de ella leyendo todas esas aventuras amorosas de Machaquito y de Gaona. Como que me están dando ganas de ponerme muy serio, mucho más serio de lo que la gente dice por ahí que soy de ordinario, y empezar á gritar:

«¡A ver, señoras, á ver qué va á ser esto!

Tirenme ustedes algún «rentoy». Que yo, considerado como varón soy «alguien» y tengo mi corazoncito como cualquier otro, y no soy tan serio y tan hurraño como cuentan por ahí las gentes. ¡A ver, señoras, á ver! O me «solicitan» ustedes, ó me «enfado» con el sexo bello... y no le vuelvo á brindar ningún toro.»

Porque yo, si he recibido alguna vez que otra «billetitos perfumados», rojos, verdes, casi siempre verdes, pero, la verdad, no valían nada; eran de «coco-tas» ó de artistas fáciles. Mujer decente, ¡ni una sola! ¡Será perra mi suerte!

¡De novias formales!... Dos he tenido en toda mi vida, y á las dos las quise con toda mi alma, y sufrí mis penas... ¡ya lo creo! Pero esto no es para contado, ni aun en ese confesio-

nario tan simpático de la LA HOJA DE PARRA, porque los pecados del alma que ¡ay! se repetirán si llega el caso, no hay cura capaz de absolverlos.

Para terminar, diré que no tengo por ahora más amor que el de mi madre. Y que estoy decidido á seguir así hasta que sea muy rico, muy rico, y me retire y pueda vivir tranquilamente. Cosa que va para largo, para muy largo...

Vicente Pastor



VICENTE PASTOR

UN COMENTARIO DE "MODESTITO,"

Lo ven ustedes? Vicente Pastor viene en síntesis á decir lo mismo que Regaterín dijo en estas columnas de LA HOJA DE PARRA, cuyo director me encarga nuevamente un breve comentario sobre estas intimidades amorosas de los diestros.

Modestos y sinceros, declaran que sus aventuras no han pasado de ser como las del resto de los mortales, si se exceptúan ocho ó diez *bibelotes*, de esos que se pintan ojerías con tinta china para hacerse la ilusión de que los demás nos creemos que todas las mañanas se almuerzan dos ó tres corazones de damas de sangre azul.

Otros, en cambio, aseguran que las mujeres se diluyen de gusto pensando en sus coletas, y no pueden resistir á la pícará curiosidad de saber si es corta ó es larga, gruesa ó delgada, ignorando las pobrecitas que el secreto no está en las dimensiones de ese aditamento, sino en la mayor ó menor gracia que el interesado tiene para colocársela.

Yo no niego que haya quienes al pasar junto á esos astros coletudos, instintivamente se la miren de reojo, y que de buena gana saltarian del auto ó de la carretela para darse el gustazo de examinarla más de cerca; pero nadie me negará que en esto de las damas de la sangre más ó menos azul que se chiflan por los diestros, hay mucho de novela por entregas.

¡Y ahora que la novedad va más por los aires que por la tierra! Esas sacerdotisas del capricho se han vuelto aviadoras.

¡Si viesen ustedes la cara de estupor que

puso una de ellas el otro día al saber que á Vedrines se le había estropeado el motor en Quintanapalla, por cuya razón tuvo que salir de estampía para Burgos en busca de otra pieza nueva!

—Pero, qué tonto —decía.— ¿Cómo va á encontrar esas cosas en Burgos, haciendo tanto frío? ¡Si estarán todas heladas!

Y hasta que no le vió aterrizar, sano y salvo, con las alas en tensión y el motor en toda su potencialidad, la pobrecita estaba que se la podía ahogar con su cabello.

Esos, los hombres-pájaros, son los que han venido á acabar de destronar á los terribles conquistadores terrenales.

Y si no, vean ustedes con qué codiciosa curiosidad fueron ellas el otro día á Getafe para examinar con todo detalle el por lo visto privilegiado aparato del vencedor del raid París-Madrid.

A todos les pareció encantador. ¡Qué dicha —exclamaban— elevarse, volar, volar mucho, llegar si es posible hasta el quinto cielo!

Y en su entusiasmo por lo nuevo y lo desconocido, no se daban cuenta de que todo eso es muy bonito, pero que también es muy expuesto por su inmenso peligro.

Que se les recalienta demasiado el motor, y la bajada resulta demasiado violenta.

Y conste que me refero exclusivamente á los aviadores. Yo no soy aficionado á esa clase de aparato.

Modestito

NO ERA SU MARIDO

ZRISTÓN y caviloso volvía Juanito Quitapesares de su trabajo, si es que tal nombre puede darse á la lucrativa faena de aligerar al prójimo la pesadumbre de los bolsillos.

El día se había presentado aciago, y



—Yo no sé en qué piensan los hombres que dejan pasar así las ocasiones.

para colmo de desgracias, las ocasiones fueron múltiples. ¡Maldito miedo!

Quitapesares recordaba con pena la soberbia cadena y el magnífico *remontoir* de aquel señor que iba en la plataforma de un tranvía del Pacífico. Varias veces los ágiles dedos de Juanito intentaron dar el tirón y apoderarse de la alhaja, pero al considerar el formidable aspecto de su propietario, la reciedumbre de su bastón y, sobre todo, la vista de aquella mano de

titán, fuerte y velluda, su decisión decaía, y temeroso de que un temblor, un tropiezo, delatasen el hurto, acordó abandonar la partida y aguardar más propicio momento.

De esta guisa y con tan desagradables pensamientos recorría nuestro heroico golfo el espacio que media entre la calle de Carretas y la clásica del Mesón de Paredes, donde se albergaba su grandeza.

Pero como el camino era largo y pocos los años del mozo, cambiáronse sus ideas y se dió á recordar con fruición en los hechizos de la escultural Martina, la chula más juncal de este pícaro Madrid, tan pródigo en mujeres bonitas.

Sólo llevaban mes y medio de casados, y de su cariño y de lo mucho que apretaban los lazos conyugales daban buena prueba las ojeras de Martina y la flacidez y desmayado andar del randa.

La remembranza de los secretos encantos de Martina fueron para Juanito el más poderoso acicate, y á manera de descarga eléctrica que puso en tensión todos sus nervios y avivó poderosamente las vacilantes energías.

Dióse, pues, á correr el enamorado galán, y fuéronse al traste cuantas preocupaciones le entristecían antes. Ahora no pensaba ni quería más que llegar pronto á su casa y precipitarse sobre su mujercita y comérsela á besos y... qué sé yo cuántas atrocidades proyectaba el encalabrinado marido.

La rapidez de sus piernas y la premura de sus deseos le hicieron llegar en pocos minutos.

Mientras subía la angosta é interminable escalera, formó un plan de ataque: entraría sin ruido, silenciosamente, como un ladrón —¡claro está!— para sorprender á la encantadora moza, y allí donde la encontrara...

Lector, si por fortuna tuya, que no dudo, has deseado ó poseído alguna Eva más ó menos pecadora, traduce los anteriores puntos suspensivos, pues ni Juanito Quitapesares podría hacerlo, ni yo quiero describir tan gráficamente sus trazas, que tú te veas precisado á tirar el periódico para lanzarte en busca de un amor fácil que calme tus ardores y sobreexcitada imaginación.

Haciendo un esfuerzo para realizar su idea con la debida calma, Juanito abrió cautelosamente la puerta, y de puntillas cruzó el pasillo, y encaminóse al gabinete que precedía á la alcoba.

Al ir á separar la cortina y entrar en la habitación, paralizó sus movimientos el rumor de un diálogo.

—Alguna vecina—, pensó Juanito—; ¡maldita tía cotilla!, é hizo ademán de entrar en el cuarto, pero nuevamente se quedó inmóvil. La voz que oía no era de mujer, sino varonil y de timbre en extremo vigoroso.

Invencible temblor se apoderó de Juanito y un sudor frío inundó su frente.

—¿Quién sería el visitante si él no se trataba con nadie, máxime siendo celoso y teniendo una viña tan codiciada que guardar?

Por un momento tuvo intención de penetrar en el gabinete y echar á patadas ó navajazos al tío aquel que osaba mancillar el sagrado de sus amores, y así lo hubiese hecho si no sonase de nuevo la voz y si al través de las cortinas no viese prepuñales! al aborrecible *gachó* del bastón, del reloj de oro y de la mano velluda que le había hecho pasar tan malísimo rato en la plataforma del tranvía del Pacífico.

De una pieza quedó el desventurado Juanito, y aún fué mayor su confusión y duelo al ver el giro que tomaba la conversación de Martina y el elefante.

—Nada, muchacha—decía el caballero—, no insistas en quererme engañar; tu hombre es un ladrón, y no cum-

pliría con mis deberes de policía si no le siguiese las vueltas hasta echarle el guante.

—Pero, señor, si mi marido no está en Madrid. Si yo vivo sola.

—¡Cómo sola! Pues ¿y esa ropa de hombre?

—Tiene usted razón; esa ropa es de mi hermano...

—¡Valiente lagarta, y qué lástima que seas tan bonita!

Y el bueno del policía, pobre de palabra, se dedicó á traducir sus pensamientos con los dedos, y aquí pellizco, y allí palpo, y más acá azoto, en un dos por tres consiguió que la señora de Quitapesares se pusiese más encendida que una amapola y olvidada ¡traidora! todos aquellos consejos y advertencias que no hacía mes y medio le había dado San Pablo por boca de un cura gordo y reluciente que, mirando á la desposada, se equivocaba mucho en sus latines.

La verdad es que entre el *poli* y el *randa* no existía punto de comparación, y las excelencias del primero sobre el segundo y tal vez el brillo de la cadena del reloj y las luces del solitario que lucía en el meñique de la mano izquierda, acabaron de decidir á Martina.

Los pellizcos, lejos de ser rechazados tuvieron contestación y... ¿para qué continuar?

Las cosas se pusieron de tan feo cariz, que el infeliz marido se llevó las manos á la cabeza y se desplomó sobre una silla.

Pero no pararon aquí sus desgracias, porque aún tuvo la de sentarse sobre la cortina de tal forma, que ésta se vino abajo y la escena de vergüenza y oprobio se ofreció á sus ojos sin recato alguno.

Juanito se quedó helado, y un temblor convulsivo se apoderó de él al ver que el paquidermo policiaco abandonaba la posición horizontal para agarrar el roten é irse hacia él.

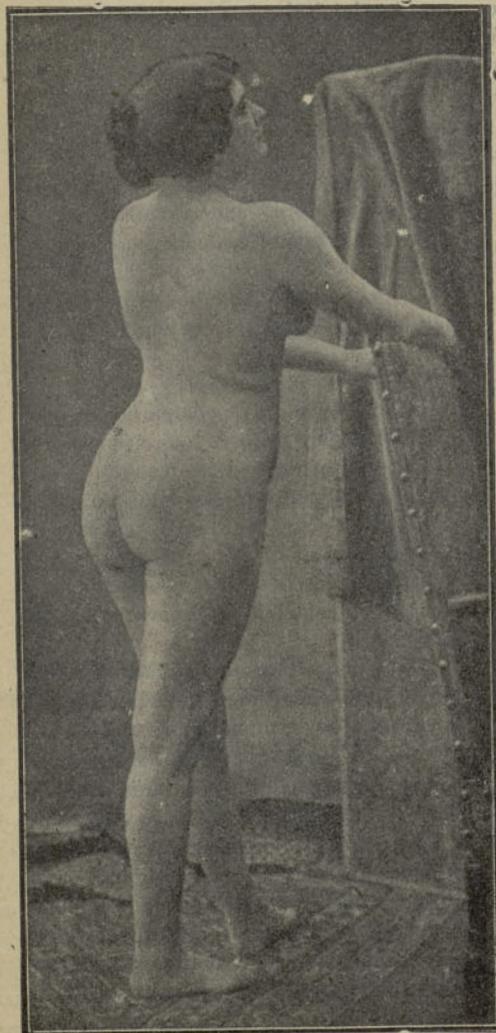
Con increíble audacia solucionó la escena Martina diciéndole al pobre marido:

—Tú, chico, vigila por si viene tu cuñado.

Y el «poli» volvió otra vez á sus brazos diciendo con sorna:

—¡Bah, no era su marido!

Antonio de Bezama



OTRA DE LAS ARTÍSTICAS POSTALES QUE LLEVÓ

AL SENADO DON ESCARTÍN

Biblioteca Regional de Madrid

PARTES DE LA MUJER

EL CABELLO

El que forma la cumbre
de tu peinado griego,
hecho de hebras de lumbre
y de anillos de fuego,

es la endiablada pira
en-que ardiendo flameas
la enredosa mentira
de tus malas ideas.

Ese rizado y brujo
que tu frente circunda;
espuma del affujo
que, al besarte, la inunda.

El flojel tibio y leve
de tu axila de raso;
fogonazo en la nieve,
tornasol del ocaso.

Y aquel marco pudiendo
que en la penumbra brilla,
es lava incandesciendo
del volcán á la orilla.

¡Oh, cuando en tus divinas
guedejas ambarinas
pusimos por igual:
yo, cuentas opalinas;
tú, cuentas de coral...

Rafael López de Haro

LA PORNOGRAFIA EN BARCELONA

Es mucho hombre nuestro famoso D. Dalmacio!

¡Miren ustedes que ocurrirsele nada menos que anunciar una interpelación al gobierno sobre la pornografía en Barcelona!

El que esto escribe ha regresado no ha muchos días de la capital del principado, y con toda la sinceridad que me caracteriza confieso que en mis andanzas por la ciudad catalana, que conozco bien de antiguo, no he encontrado el menor motivo que justifique esa alarma.

Juro en conciencia que, no yo, ni aun el espíritu más pusilánime, por ejemplo, un cierto amigo mío, conocido por el doctor Pildorón, que odia africanamente, entre otras muchas cosas, el amor mercenario, encontrarán en la capital de Cataluña esa terrible pornografía de que nos quiere hablar el pequeño señor Iglesias.

En Barcelona no acontece sino lo que acontece en cualquier población alegre y montada á la europea.

‘Cafés-concierto á granel; teatros, teatritos y teatruchos de «varietés» para todo género de públicos, desde el más refinado hasta el más tosco, sin perjuicio de que el primero acuda á los lugares de diversión reservado para el segundo, quien si no asiste también á esos centros de espectáculos de elevada categoría, es solamente por no permitírsele sus recursos pecuniaríos, que sino...

Eso es todo lo que hay en Barcelona que tanto parece alarmar á D. Dalmacio y sus congéneres, y que seguramente bien quisieran para sí los madrileños y los que no lo son.

¿Que en esos lugares de expansión no es cosa que domine la farsa ni el eufemismo en la indumentaria ó el «couplet»? Conformes.

Pero que más da. Es decir; si creo que da más. Opino que puestos ya en situación, es preferible cien veces la verdad desnuda, completamente desnuda, á las pudibundeces tardías ó á medias, mucho peores y de más deplorables efectos que

ha dicho Carrera, de lo contencioso administrativo; y 3.º Porque se evitará con él muchos matrimonios absurdos, lamentables y perturbadores, mejorando la condición del soltero, amenizando las horas luctuosas del viudo, y reivindicando, lo mejor posible, la soberanía civil y moral del hombre.

“ Base 19.ª. “Previo el abono de los honorarios que se fijen, todo ciudadano podrá adquirir cualesquiera detalles de los en el Archivo coleccionados, guardándose, naturalmente, la exquisita prudencia recomendada en estos casos. Supóngase que el ciudadano en cuestión, enamorado locamente de la señorita Rosa López, desea saber si tuvo novio, cómo se portó con él, qué carácter es el suyo, etc., —informes lícitos que pueden interesarle.

El encargado del Archivo busca el tomo correspondiente á la L. acaso esta gentil Rosita figure como una de tantas almas seducidas por el infernal rumbo de los asociados. Y entonces el curioso cliente podrá saber, leyéndole la declaración ó

aquella mujer que más les plazca, dentro del plazo á que anteriormente se ha aludido. No importa la condición moral, social ni económica de la interesada: al buen gusto del socio queda la elección. Lo sustantivo es que sienta su corazón, ú otro órgano cualquiera, traspasado por la divina flecha de Eros. Cada socio podrá elegir la clase de flecha que le parezca más adecuada y fulminante. Como divisa de sus conquistas puede adoptar la frase que la casa francesa editora del Diccionario Larousse ha puesto al frente de esta preciosa publicación: «Je sème à toutes les vents.» O esta otra, española: «Haz bien y no mires á quién.» O esta otra, si se trata de una doncella: «Enseñar al que no sabe.» O esta otra, no menos pia, si de una viuda: «Consolar al triste.»

Base 15.ª. Transcurrido el prudencial plazo que se le fije, y una vez justificada su conquista amorosa con aquellos medios de prueba que la directiva considere pertinentes, el socio redactará una memoria ó apuntamiento en que se detalle

las cosas claras, sin rodeos ni ambigüedades.

La cuestión es que todo tenga su aspecto artístico, ¡que vaya si lo tiene por lo general!

Malla más ó menos, y cuarta también más ó menos en la falda, en la enagua ó en la camisa por la parte superior é inferior de tales prendas, creo que es siempre preferible el menos que el más.

Entiendo que con ello no va perdiendo nada la moral, porque lo que no se ve se presume, y siempre es preferible la certeza de los hechos á las presunciones. Estas no conducen sino á excitar los ánimos merced á los ensueños de la fantasía, mientras que ante la prueba directa y palpable, los espíritus más vehementes se calman en pocos instantes.

Hay que razonar un poco, señores, antes de hablar de pornografía.

Esta ni por asomo se ve en Barcelona. No hay allí sino una población divertida y amante en alto grado de la forma ó de las formas. Y si miento, que me den un tije-retazo en la parte del cuerpo más preciada para todo varón.

Santiago Arimón

PASIONAL

Caíste en mis brazos
casi desmayada,
y besé tu boca que al amor incita,
con furia, con ansia.

Y besé tus ojos,
¡ojos de sultana!,
ojos soñadores como otros no he visto,
que alumbran tu cara.

Y besé tu cuello
de diosa pagana,
blanco como dicen que era aquel de Elena
cantado en la *Iliada*.

Y en fin, besé todo
tu cuerpo, gitana,
de líneas muy puras, de líneas muy bellas,
de piel sonrosada.



14

E. RAMÍREZ ÁNGEL

minuciosa y concretamente el prólogo, desarrollo y desenlace de sus amores.

Base 16.^a Esta relación —jurada y de tanto alcance, por lo menos, como una declaración de matrícula industrial— pasará, clasificada por orden alfabético de apellidos, á formar parte del archivo secreto del Club. Los retratos, postales, cintas, sortijillas capilares y demás objetos que el terrible haya recibido de su «víctima», sin olvidar las pitilleras consabidas, los bastones inevitables, alfileres de corbata, relojes, etc., clasificados debidamente, formarán parte del «Museo amoroso», que ocupará una de las habitaciones del Club, destinado, en su día, á ser tan prestigioso como el Museo criminológico de los reporteros judiciales.

Base 17.^a Al finalizar el año, la Directiva dará cuenta en asamblea general extraordinaria del número de conquistas realizadas por los asociados, concediéndole se las recompensas que se consideren adecuadas á aquellos que con mayor brío y fortuna cumplieron los presentes Estatu-

E. RAMÍREZ ÁNGEL

15

tos. Un Cuerpo de policía interior, con instrucciones secretas, habrá procurado comprobar la exactitud de cuantos informes detallaran los socios en sus Memorias respectivas; y de acuerdo con el personal del Archivo, evitará la probable circunstancia de que un asociado hiciera el amor á alguna señora ó señorita herida con anterioridad por otro socio.

IV.—DEL ARCHIVO

Base 18.^a El archivo, mediante la perseverancia é idoneidad de los miembros de este Club, puede alcanzar una importancia incalculable y estupenda: 1.^o Porque constituirá un verdadero catálogo de psicologías femeninas, utilísimo á los amantes celosos, maridos ultrajados, novelistas sin reputación, historiadores, padres amantísimos y sociólogos aficionados á toda índole de estadísticas. 2.^o Porque este índice reflejará el estado de depravación ó de excelencia de la población femenina en esta nauseabunda época, como

Convulsa yacías,
yo te acariciaba,
y un alegre rayo de sol matutino
penetró en la estancia.

Y en aquel momento,
juntas nuestras caras,
hubiera querido morirme besando
tu boca encarnada.

Jesús Luengo



¡¡BAJO LOS PANTALONES!!...

Señor Presidente de la Liga Antipornográfica:

Anteayer en el más sagrado de los dos recintos de las leyes, en el del Senado, donde acuden santos preladados, seráficos vitalicios y angelicales electivos, se comedió el más monstruoso, el más abominable, el más herético de los delitos contra la moral y la decencia pública:

¡¡A un senador se le cayeron los pantalones!!

El señor Conde de Esteban Collantes, senador vitalicio, humorista distinguido, abuelo de la Patria, enemigo de los caramelos de menta y conservador disidente, tuvo la desaprensión de desabrocharse, y para mayor escarnio y publicidad de su impudicia lo hizo en los momentos en que pronunciaba un furibundo discurso contra la supresión del impuesto de Consumos.

—¿Por qué desgraváis las almejas?—
¿Por qué dáis franquicia al bacalao?—gritaba con iracundia el austero legislador.

Y en aquel momento, ¡zás!... ¡abajo los pantalones!

Esto, señor Presidente de la Liga, es sencillamente inaudito.

No es esto sólo; hay algo más, y es la premeditación, la alevosía y el ensañamiento con que lo hizo.

Porque enseguida nos mostró una camisa de céfiro, completamente roja. ¡Qué habría hecho el señor Conde para tenerla roja! ¡¡Oh señor Presidente de la Liga Antipornográfica!!

Eso hay que perseguirlo, señor, y hay que castigarlo; porque sino, ¿con qué derecho vamos usted y yo á abogar por que las impúdicas y descocadas artistas de «varietés» no nos enseñen nada, si hay un senador que nos lo ha enseñado todo, ¡todo! hasta el faldón rojo, de su roja camisa.

Mientras que la corrupción se albergaba en los cubiles repugnantes de los cines, su persecución, con ser difícil, no era imposible; ¡pero ahora!, en pleno palacio de la Soberanía Nacional, enseñar nada menos que las pretinas de los cazoncillos eso no puede ser, eso no debe ser, señor presidente de la Liga Antipornográfica.

Si queda impune, cualquier día, otro señor senador para defender, por ejemplo, un proyecto de ley protegiendo la industria de géneros de punto, tendrá derecho á subirse la camiseta. ¶

Y si uno se sube la camiseta y otro se baja los pantalones, ¿que va á pasar allí, señor presidente de la Liga Antipornográfica?

¡¡Pidamos usted y yo que el fuego de Sodoma caiga sobre el palacio del Senado!!

Un pequeño reporter



ESPECTACULOS RECOMENDABLES

CANDELARIA MEDINA

en el Trianon-Palace.

El próximo martes debutará en el Trianon-Palace la gentilísima coupletista española Candelaria Medina.

Entre los aciertos de la Empresa, ninguno tan completo como éste. La aparición de Candelaria constituirá de seguro un acontecimiento artístico, y llenará todas las noches el teatro de la calle de Alcalá. Porque Madrid quiere y admira á la picaresca «perchelera», y sabe apreciar y distinguir entre el Arte y la gracia y la hermosura, que irán al Trianon con Candelaria, y la pesadez soporífera de dos ruinas que por allí pasó con las señoras Argentinas.

Imprenta San Bernardo, 9, Madrid.

LA HOJA DE PARRA

REVISTA FESTIVA * * *

* APARECE LOS SÁBADOS

COLABORACIÓN DE LOS MÁS ILUSTRES ESCRITORES Y DIBUJANTES

Número suenio, CINCO céntimos.—Suscripción en provincias, 1,50 pesetas trimestre.

Oficinas: MÉNDEZ ÁLVARO, 2, PRIMERO.—Apartado de correos 547, MADRID

Agua de la belleza

PRODIGIOSO DESCUBRIMIENTO

Hermosea el rostro, dejándole terso, blanco, de suave color y con la brillantez de la juventud. Nadie puede advertir su uso.

En las perfumerías de lujo, al precio de 5 pesetas en Madrid y 6 en provincias.—Único depósito en España: *Jacometrozo*, 40 y 42, *José Andreu*.

FÁBRICA-PLATERÍA

DE

LUIS ESPUÑES

(EN TESTAMENTARIA)

GOYA, NÚM. 30

Único despacho:

CARRERA DE S. JERONIMO, 5

CENTRO PERIODÍSTICO DE JOSÉ LERIN

Abada, 22, Kiosko frente á Apolo.—Envíos de periódicos y libros á provincias

A LOS ENFERMOS

del **pecho, sífilis, venéreo y garganta**, les conviene fumar lo menos posible y esto podrán conseguirlo tomando las pastillas del **Doctor Laboschin**.

Medicamento recomendado por varias eminencias médicas.

DOS PESETAS CAJA en buenas **Farmacias**.

SANTALINO

GAYOSO

(Cápsulas de Sándalo y Salol alcanforado) para la curación de la *Blenorragia, Cistitis, catarros de la Vejiga* y todos los flujos de los órganos genitales sin necesidad de inyecciones, 4 pesetas frasco (4,50 por correo) en las principales farmacias de España y América. *F. GAYOSO*, Arenal, 2, Madrid.

Fotografado de **A. VAZQUEZ**

Perfección * Rapidez * Economía * **COLEGIATA, 7, MADRID**

CONSULTA PARTICULAR

en casa del Médico-Director de la **consulta de San Juan de Dios**, de enfermedades de la piel y del pelo, secretas y vías urinarias. Tratamiento curativo de la sífilis, sin dolor, con el 606. **Dr. Portillo**. De 3 á 6 tarde. **Cañizares, 1, principal**. De provincias, por carta.

PULSERAS DE PEDIDA

desde 40 pesetas. Véanse en los escaparates de *García Guerra*, hijo.

LUNA, 3

LA GUARIDA

Por **JOSÉ FRANCÉS** ♦♦ 2 pesetas en todas las librerías.